

Vigésimo primer Domingo. Tiempo Ordinario. Año B

Lectio divina sobre Jn 6,60-69

El evangelio hoy ofrece una insólita escena: tras haber satisfecho el hambre de la muchedumbre y haberse ofrecido como pan de vida, Jesús tiene que presenciar la deserción y la crítica de sus discípulos y les pregunta si ellos también están pensando en abandonarlo. Deja a los interrogados libertad de opción: y es que Jesús, que se ofreció como alimento de las personas cuya hambre había saciado, no imponen a sus fieles el seguimiento, no los obligan a la obediencia. Tras dejar que prueben su bondad, da a los creyentes la oportunidad de quedarse con él o de abandonarlo. Y así convierte a cuantos viven a su vera y en su casa en hijos que no esclavos, en amigos y no siervos. No debería pasarse por alto que cuando más difíciles de digerir las palabras de Jesús tanto mayor libertad permite a sus seguidores.

En aquel tiempo, ⁶⁰muchos discípulos de Jesús, al oírlo, dijeron:

«Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?»

⁶¹Adivinando Jesús que sus discípulos lo criticaban, les dijo:

«¿Esto os hace vacilar?, ⁶³¿y si vierais al Hijo del hombre subir a donde estaba antes? El espíritu es quien da vida; la carne no sirve de nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. ⁶⁴Y con todo, algunos de vosotros no creen.»

Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo iba a entregar. ⁶⁵Y dijo:

«Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí, si el Padre no se lo concede.»

⁶⁶Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él.

⁶⁷Entonces Jesús les dijo a los Doce:

«¿También vosotros queréis marcharos?»

⁶⁸Simon Pedro le contestó:

«Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; ⁶⁹nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo consagrado por Dios.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Cerrando el discurso en la sinagoga de Cafarnaún (Jn 6), el evangelista narra la reacción de un gran número de discípulos, escandalizados por la revelación de Jesús (Jn 6,61): cambia de antagonistas, no los contenidos (Jn 6,60). Donde tropezó la incredulidad judía, va a ser probada la fidelidad de los discípulos. La dificultad con que se enfrentan los creyentes no es tanto la de tener que reconocer en el hombre Jesús al enviado del cielo, cuanto la de aceptar que la vida eterna se alcanza alimentándose de la carne de Jesús.

Jesús afronta ahora la incredulidad de muchos de los suyos (Jn 6,60-66) y recibe la fe de doce de entre ellos (Jn 6,67-71). A notar la progresión: la muchedumbre que lo buscó, le abandona; los discípulos, que le acompañaban, se escandalizan y una mayoría lo deja (Jn 6,66); le quedan doce, pero no por mucho tiempo (Jn 6,77). Así, sombríamente, se cierra el período galileo del ministerio de Jesús.

También a los más allegados les resulta duro, ofensivo, inasimilable este discurso (Jn 6,60a): que Jesús sea Pan-Palabra que da la vida (Jn 6,31-51) y auténtica Comida generadora de vida (Jn 6,51-58) cuestiona su capacidad de escucha; no es que no quieran, es que no pueden (Jn 6,60b). No basta al discípulo seguir a su Maestro, ha de alimentarse de él, no ya sólo de su palabra sino también de su cuerpo.

A la murmuración incrédula de los discípulos (Jn 6,61) opone Jesús, que conoce su dificultad (Jn 6,64), signos aún mayores (6,62): si se escandalizan de quien ha bajado del cielo como alimento, ¿qué dirán cuando lo vean subir adonde antes moraba? La alusión es oscura; seguramente se refiere al retorno a la gloria que tenía, previa a su misión histórica, a través de la cruz. Jesús sube al Padre, tras haber dado la vida para la vida del mundo (Jn 20,17). Entonces reconocerán los discípulos la presencia real de Jesús en la cena eucarística; allí el recuerdo será convivencia y la memoria se abrirá a la presencia celebrada; el recuerdo de su entrega se conmemorará siempre ante el cuerpo entregado para la vida del mundo.

Estas palabras de Jesús son Espíritu y son vida (Jn 6,63). Que parezcan incomprensibles por su dureza proviene de la condición carnal de los oyentes, que piensan desde los proyectos y posibilidades humanas. Carne, que vale nada, es aquí la incapacidad para comprender a Dios por aferrarse a la propia evidencia, a la apariencia superficial. El Espíritu es quien dará a entender todas las cosas, en concreto, el sentido último de las palabras de Jesús (Jn 14,26) Se anuncia así una relación, que será explicada más adelante, en el discurso de despedida (cfr. Jn 14-16), entre Jesús y el Espíritu; el caso es que para aceptar a Jesús como pan de vida hay que tener el don del Espíritu de vida.

Esta comprensión donada, no basada en motivos terrenos, explica el comportamiento de los discípulos infieles (Jn 6,64): no pueden sentirse atraídos por Jesús quienes no fueron conducidos hacia él por Dios (Jn 6,65). La decepción personal del discípulo, consumada por alguno como traición, está explicada teológicamente. El enigma de la incredulidad del discípulo recibe así una respuesta contundente: Jesús conocía de antemano la incapacidad para la fe de muchos de sus discípulos (Jn 6,60.66), porque la fe depende de la gracia de Dios. No cree quien quiere, sino quien

es querido (Jn 6,64-65). La mera permanencia con Jesús, la convivencia con él, no basta; habrá que haber recibido el don (Jn 6,65). Si el argumento se hace difícil de aceptar, se refuerza con una prueba, que el lector puede verificar: de entre los que estaban por superar la prueba, está aún por salir el traidor. Y Jesús lo sabía (Jn 6,64; cfr. 13,27): quien no le ha sido entregado, lo entregará (Jn 6,70-71). El relato nos sumerge en el drama histórico del rechazo de Jesús por parte de los discípulos que habían creído en él y que lo abandonaron, defraudados en sus esperanzas mesiánicas (Jn 6,66).

Por vez primera el cuarto evangelio menciona a los Doce (Jn 6,60.70.71; 20,24), de los que no ha narrado su elección ni recuerda sus nombres (cfr. Mc 3,13-19; Mt 10,1-4; Lc 6,12-16). Se perfilan, dentro del grupo de discípulos, como los que le van a quedar fieles, los que permanecen. De hecho sólo a ellos pregunta si también piensan abandonarlo (Jn 6,67). No es que ignorase su voluntad de fidelidad (6,64), es que quería ayudarla. Y Simón reconoce que no tienen adónde ir. La razón en la que apoya la fidelidad identifica el criterio auténtico de fe: la palabra de vida de Jesús (Jn 6,68). Unos pocos, al menos, obtuvieron el don de la fe en Jesús y han sido enviados a él por Dios.

La confesión de Pedro sigue a la prueba (Jn 6,68): reconoce que duras, las palabras de Jesús son de vida (Jn 6,63); y atribuye un título a Jesús, el Santo de Dios (Jn 6,69), indicando así la pertenencia de Jesús a la esfera de lo divino: la fiabilidad de las palabras de Jesús reposa sobre su origen divino. En la confesión individual de Pedro resuena la proclamación comunitaria: hemos creído y conocido (Jn 6,69); el doble perfecto indica una situación adquirida, un vivencia actual; en ella el conocimiento es simultáneo a la fe; se conoce a alguien en quien se confía: se la conoce creyendo, confiando. Dicho de otro modo, la fe es la forma de conocer de verdad a Jesús.

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Si los judíos habían reaccionado con murmuraciones y dudas al discurso de Jesús, fueron sus discípulos quienes, escandalizados, lo abandonaron. Si ya es duro seguir a quien no entendemos, lo es mucho más tener que seguir a alguien que es, además de comensal, comida, alimento de viandantes lo mismo que compañero de camino. La eucaristía, desde sus mismos orígenes, ha sido prueba para la fidelidad de los seguidores de Jesús; también hoy. Pocos hoy, de cuantos se acercan a Jesús están dispuestos a hacerle alimento de su vida. Quien resiste la tentación del desencanto, podrá ser reconocido por Jesús como un don que el Padre le ha hecho: regalo de Dios es para Jesús quien lo acepta como su auténtico alimento. Optar por quedarse con él, como Pedro, sin llegar a entenderlo muy bien del todo, confirma que ha sido Dios quien nos ha elegido. La fidelidad a Cristo es fácil cuando se descubre la fidelidad de Dios a uno y su amor privilegiado. Y ambos los percibe quien recibe a Jesús como alimento eucarístico.

Pero, no hay que olvidarlo, es ineludible tomar una decisión: o el Dios que nos ha liberado o los otros que nos esclavizarán; o Jesús que sacia de vida o los otros panes que alimentan nuestra necesidad. Porque ni Dios ni Jesús permiten alternativas: ninguno de los dos se deja querer a medias. Esta es, quizá, la lección más evidente que la Palabra de Dios nos quiere hoy recordar. La gente, que había acudido en masa a Jesús para oírle y los cinco mil que habían sido alimentados con unos panes, hubieran querido hacer rey a Jesús; y ello, en aquel tiempo, podría costarles caro. Con su opción a favor de Jesús pusieron en riesgo sus vidas. Para Jesús, en cambio, no era bastante: en vez de rey quiso serles pan, en lugar de señor absoluto eligió ser alimento. La antes entusiasmada muchedumbre pronto se defraudó de ese Jesús milagrero, porque no coincidía con sus proyectos: mientras les sirvió como ellos querían, curando enfermos o paliando hambres, le siguieron ilusionados; pero cuando dejó de actuar y empezó a decirles eso de que el pan verdadero era él y que para vivir siempre habría que comerlo, comenzaron muchos a dudar y a abandonarlo en masa, porque *este modo de hablar*, decían, *es inacceptable*.

Lo que sucedió en Galilea se repite hoy. Hay cristianos que siguen a Jesús por lo que les da, que le prestan su confianza porque han recibido su protección, que buscan en él los prodigios que ellos no se pueden agenciar: sirven a Jesús mientras les sirva. Han convertido su vida de fe en un negocio: se dejan influir por el evangelio para mejor influir en Dios, se prestan a seguir sus mandatos siempre que Dios siga sus deseos. Se mantienen discípulos no por amor a Jesús sino por necesidad de su pan. Como aquél día la muchedumbre de sus discípulos, todo cristiano termina por ser confrontado por Jesús y obligado a tomar postura. Si nosotros queremos de verdad ser reconocidos como auténticos seguidores, tenemos antes que dejarnos interrogar por los motivos más profundos de nuestra fidelidad: ¿qué buscamos cuando buscamos a Cristo?; ¿qué es lo que nos lleva a él? ; ¿nos defrauda cuando no satisface nuestras necesidades? ¿O no es verdad que lo estamos abandonando porque ya no nos sirve como antes?

Pero, ¿por qué extrañarse tanto? Desertar de Cristo no es una pasatiempo de nuestros días; el evangelio nos ha recordado que, cuando Jesús se negó a darles pan porque él quería ser su pan, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él. También hoy son demasiados los cristianos que han dado la espalda a Cristo, porque ya no lo pueden entender o no lo quieren soportar por más tiempo. Cansados de Jesús, los creyentes siguen buscando nuevas aventuras y caen en manos de nuevos señores. No nos avergoncemos, si alguna vez hemos sentido la tentación de dejar a Cristo, por lo poco que nos sirve o lo difícil que se nos hace entendernos con él. Sólo quien ha superado la tentación, deja probada su fidelidad. Como Pedro. Pero no olvidemos que la incomprensión del amigo es más dolorosa que el desprecio del enemigo: abandonar a Jesús tras haberle seguido durante años es más humillante que negarse a seguirle nada más haberlo encontrado.

El relato evangélico nos lo ha recordado: los que le abandonaron en masa eran sus discípulos, quienes más de cerca lo habían tenido y más milagros habían presenciado, cuantos mejor lo conocían y más habían con él intimado, los que desde el inicio le habían seguido y alguna vez le prometieron seguirle siempre. Pero, llegado el momento de aceptarlo no por lo que querían de él sino por lo que él quería para ellos, no por lo que podía darles sino por cuanto deseaba ser, se sintieron defraudados y lo abandonaron. Es realmente trágico que fueran los hombres más cercanos a Jesús los que comenzaron el éxodo y consumirían después la traición. Para abandonarlo, siempre hay una buena excusa: habla, dijeron los desertores, de forma inaceptable. Para quedarse junto a él, basta la razón de Pedro, bien mirado, una razón poco digna: no tenemos otro a quién acudir. Guardar fidelidad a Jesús no tendría que costarnos tanto, si tan poco exige: no tener dónde ir (¡no saber a quién buscar que sea una alternativa real a Cristo!), puede convertirnos en discípulos auténticos. Y una vez que sepamos que, en nuestra vida, no hay otro, fuera de Cristo, que nos merezca la pena, nos convenceremos que sólo él tiene palabras de vida.

El discípulo de Jesús tiene también que un reválida que aprobar: ha de probar la tentación de huida, ha de conocer la posibilidad de búsqueda de otros señores y nuevas oportunidades. Y la deserción surgirá siempre de una desilusión que el mismo Cristo nos causa. Antes de querer abandonarlo, nos han abandonado las ilusiones que nos hicimos cuando le seguíamos de cerca. Probar la desilusión nos conduce a la prueba de la fidelidad: quedarse con él, a pesar de todo y en contra de nuestros deseos, hará que lo redescubramos como quien verdaderamente es para nosotros: no como un alimentador más de nuestras hambres sino como el pan que sostiene nuestra vida, hoy y siempre.

Jesús exige mucho porque mucho ha prometido; nos compromete tanto cuanto él se siente comprometido con nosotros. Como buen amigo, pide fidelidad porque ha puesto en nosotros su confianza. Espera amor porque nos ha amado. Nos obliga a optar por él, porque apostó antes por nosotros. Quien se atreve a permanecer con él, sin muchas razones - ni, como Pedro, demasiado buenas -, salva su amistad y su vida: Cristo tiene palabras de vida sólo para quien, aun sin entenderlas demasiado, le presta escucha. Cristo es el santo de Dios para todo aquel que no busca otro Dios ni otras cosas santas fuera de él. Cristo es el mesías consagrado, para todo el que opta por quedarse con él, aunque sea sólo porque no tiene a nadie más a quien acudir.

Si Jesús nos ha puesto tan bajo el precio de la fidelidad, lo escandaloso no es por qué tantos lo abandonan sino, más bien, por qué tan pocos han optado por quedarse con él. Y nosotros, ¿dónde estamos? Si no hemos sentido alguna vez la tentación de dejarlo, no ha sido aún probada nuestra fidelidad. Si no nos faltan razones para abandonarle, tendremos que buscar otras mejores para quedarnos junto a Él. Y entonces, solo entonces, sabremos lo bueno que es y lo mucho que nos quiere.